

Madre leonesa

María Antonia Sansó Santos

Mi madre se llamaba Rosalina Santos Miguelez. Nació en el término municipal de Huerga de Garaballes, de la provincia de León (España), el 23 de marzo de 1908, a las dos de la mañana. Fueron sus padres Manuel Santos Santos, de profesión labrador, y Josefa Miguélez Sevilla, dedicada a las ocupaciones propias de su sexo. Estos datos figuran en su certificado literal de nacimiento expedido por el Registro Civil del municipio de Soto de la Vega.

Contaba con quince años cuando arribó a Argentina junto a sus padres y seis hermanos en enero de 1924. En total habían sido doce hermanos. Tres fallecieron de pequeños. Sus dos hermanos mayores quedaron en España. En el pueblo una mujer, casada, madre de un niño y una niña, y en Marruecos un varón, reclutado obligatoriamente a raíz de la guerra del Rif¹. Con esa hermana mayor, dolorosamente, nunca más volvieron a verse. El hermano pudo reintegrarse a la familia. Vino marcado por la guerra y, sin apoyo psicológico, el trastorno se hizo crónico. Interpretaron que era una fatalidad del destino.

Al principio, la comunicación epistolar entre la familia partida, era frecuente. Había grandes expectativas por el curso de las vidas de unos y otros. Los recién llegados se instalaron en tierras del departamento Pocito, de la provincia pre andina de San Juan, compartiendo la casa que ocupaba el hermano menor de mi abuela, maestro de profesión, quien había venido algunos años antes, tentado por las maravillas que le contaba un amigo suyo instalado en esta zona. No obstante, para subsistir no le era suficiente dar clases y se dedicaba también a las tareas agrícolas.

Por aquel entonces, los propietarios ofrecían tierras a los inmigrantes, a cambio del trabajo de hacerlas productivas y de una humilde vivienda para habitar. Las ganancias obtenidas se repartían según un pacto oral establecido entre ambas partes. Si las producciones, por falta de trabajo, no satisfacían a los dueños, el acuerdo dejaba de tener vigencia.

¹ La autora se refiere a las guerras sostenidas por España contra las tribus marroquíes en el Norte del protectorado en los años 20. (N.E.).

Mi abuelo no era perseverante ni disciplinado para el trabajo. Ya en Huerga, disfrutaba amenas tertulias en la taberna con sus amigos y allí la abuela tenía que ir a buscarlo, casi todas las noches. Descuidaba las tierras que habían heredado y la situación económica de la numerosa familia, poco a poco, fue empeorando. El inquieto y alegre abuelo había venido dos veces a Argentina como polizón. Reunía algún dinero deschalando maíz en zonas bonaerenses y regresaba al pueblo. Mi abuela temía que alguna vez no volviera, como ocurría con muchos hombres que en estas tierras hallaban un amor, conformaban otra familia y se desentendían de la dejada en España. A esto se sumaba el incierto futuro que España les ofrecía con el inicio de la dictadura del general Primo de Rivera². Agobiada por las preocupaciones y motivada por su hermano que la llamaba insistentemente, se ilusionó con la idea de emigrar a este país, aparentemente, prometedor.

Una vez aquí, la actitud de mi abuelo no cambió. Pronto encontró nuevas amistades con quienes encontrarse en el bar. Y era la abuela la que, además de encargarse de las tareas de la casa, tenía que salir a trabajar junto a los hijos, para buscar el sustento diario.

Deambularon de finca en finca, sin lograr encaminarse. Ni siquiera el dinero que trajo el hijo mayor cuando vino a Argentina, producto de las ventas de algunas propiedades de Huerga, alcanzó para comprar algún terreno. Había gastado parte de ese dinero en el pueblo, festejando su regreso de la guerra y lo que trajo fue insuficiente. Apenas bastó para vivir un tiempo sin tantas necesidades. Mi madre, con sus hermanos, sufrió aquella dolorosa etapa de su juventud, transcurrida en una zona inhóspita. Viviendo en ranchos, pasando mucho frío y, a veces, también mucha hambre.

Para entonces, el hermano de la abuela se había marchado ofuscado. Pretendía casarse con una de sus sobrinas y mi abuela se opuso. Tras una denuncia por desaparición de persona, lo ubicaron en otra provincia oficiando de panadero. No quiso regresar. En el interrogatorio dijo que él ya no tenía familia. Sus rastros se perdieron y, tristemente, nunca más lo volvieron a ver. Con su actitud, contribuyó al desarraigo y torció destinos. Y luego, casi como en una novela, desapareció para siempre de la escena.

Conservo algunos recuerdos de mi abuela. Delgada, encorvada. Parecía siempre preocupada. Y con tristeza debo decir que nunca la sentí como una abuela expresiva y cariñosa. Con mis escasos años, la veía como una extraña anciana, a la que debíamos visitar y ayudar. Fallecido mi abuelo, a quien no conocí, su vida siguió siendo un peregrinar. Sus hijos se fueron casando y cuando lo hizo la menor, se estableció con ella. Padecía epilepsia y la ayudó

² Esta dictadura militar duró de 1923 a 1930. (N.E.)

con la crianza de los hijos y con las tareas de la humilde casa, propiedad del yerno, donde habitaban en medio de necesidades extremas. Hasta el fin de sus días, su voluntad para el trabajo y el esfuerzo, siguió intacta.

Mi madurez me ha hecho comprenderla y valorarla. En ese frágil y enjuto ser, vestido de negro, anidaba el dolor infinito. Su vida en Argentina fue como una burla cruel a los sueños que supo albergar. Y en esa tristeza muda y resignada, seguramente, permaneció también el recuerdo de su hija mayor, aunque ya no la nombrara. Aquella hija que quedó en Huerga. La que, próxima a finalizar la Guerra Civil española, perdió a su hijo en la batalla del Ebro³. El que siendo pequeño, cuando se produjo la emigración, suplicaba venirse con los abuelos y tíos a Argentina. A partir de esa lamentable pérdida, la hija bien amada, no tuvo más deseos de escribir ni leer cartas, interrumpiendo de ese modo el contacto epistolar que, para entonces, el tiempo y la distancia habían espaciado.

Evocar ahora la figura de mi abuela significa estremecerme y contener las lágrimas. Ni el perdido sueño de “hacer la América”, pudo doblegar su fortaleza y valor para sobrellevar la adversidad. Trabajó hasta el fin de sus días. Era una luchadora inquebrantable. Mucho de lo narrado se corresponde con los relatos que me hiciera mi madre. Digna heredera del carácter abnegado y emprendedor de mi abuela.

Junto a un labrador, migrante de tierras mallorquinas, constituyeron una familia. Trabajaron incansablemente para hacer brotar fecundos vientres de pámpanos y viñedos en la salvaje entraña de las tierras que mi padre heredó. Con el principal objetivo de lograr vivir dignamente y dejarles a sus hijos un camino más despejado que el que ellos habían transitado. A diferencia de mi abuela, mi madre encontró un compañero para aunar esfuerzos. Y pudieron conseguir gran parte de sus aspiraciones. En esa noble tarea se le fue la vida a mi padre que falleció siendo aún joven.

Los dos, con escasa educación, fueron maestros para inculcar valores humanos. Con el ejemplo más que con las palabras. Para ellos la honestidad, el amor al trabajo, el respeto a las leyes y el deseo constante de progresar, eran la base donde se asentaba el valor de la vida. Esa es la herencia valiosa y ejemplar que dejaron a sus descendientes y también al país que los acogió.

Mi madre vivió hasta los noventa y siete años y tuvo la enorme dicha de regresar, en sus oportunidades, al pueblo donde habían nacido. Desafortunadamente en la primera de esas visitas, su hermana mayor ya había fallecido. Encontró a dos de sus hijas, casadas y con descendencia. Una vivía en Huerga y la otra

³ Uno de los episodios más cruentos de dicha guerra, vivida en el año 1938, con varios miles de muertos de cada bando. (N.E.)



Año 1975. La protagonista del relato, Rosalina Santos Miguélez, y sus parientes en la casa donde había nacido en Huerga de Garaballes el 23 de marzo de 1908.

en Garaballes. Poblados separados por la corta distancia de un kilómetro. A Huerga, el más grande, pintorescamente lo atraviesa un brazo de río, saya o huerga y a Garaballes el río Tuerto, afluente del Órbigo. A los dos núcleos de población se los denomina Huerga de Garaballes. La calidez con que la recibieron sus sobrinas, disminuyó la pena de no hallar con vida a su hermana. Le contaron

que siempre recordó y extrañó a sus padres y hermanos y en su última etapa, mágicamente, pretendía verlos a través de un agujero imaginario, que ella diseñaba en el espacio. Tal era su añoranza por los que se marcharon en busca de mejores oportunidades de vida, dejándola tan sola. A sus hijas les supo transmitir el caudal de recuerdos que ella conservaba. Conocían el nombre de todos los emigrados y hasta características de sus modos de ser. Detalle que sorprendió grata y enormemente a mi madre. En una esquina de la intersección de las calles La Procesión y La Modarra, aún se erguía la vieja casa familiar de dos plantas, transformada en establo y granero. Recorriéndola, mi madre revivió pasajes de su niñez y adolescencia. Supo percibir su recóndito lenguaje.

También fue a Veguellina de Órbigo, donde tomaron el tren que los llevó al puerto de Vigo, para embarcar en las bodegas del buque Olmo que los trajo a Argentina. Rememoró que, con sus escasas pertenencias, fueron hasta el apeadero de Veguellina en un carro tirado por bueyes conducido por el esposo de su hermana, iniciando, de ese modo, el doloroso desarraigo. Contempló el nombre de su sobrino, junto al de otros jóvenes del pueblo fallecidos en la contienda civil, grabado en una placa que los recuerda, en la entrada de la pequeña iglesia. Lo que queda del niño que lloraba y suplicaba venir con ellos a Argentina. Visitó numerosos parientes más lejanos y hasta se reencontró con su mejor amiga, de la infancia y adolescencia. Los días le resultaron pocos para tanta evocación. En la segunda visita, le costó abandonar el pueblo. Presentía, como ocurrió, que no regresaría.

Gracias a la lucidez que la acompañó hasta el fin de sus días, conservó en sus recuerdos, aquellos vividos con tan honda y encendida emoción. Pensaba que con su regreso a Huerga, y con las sangres de mis abuelos habitando en su sangre, en comunión de espíritus, ellos también habían logrado retornar

y se sentía privilegiada por haber mitigado el desarraigo y restablecido el nexo familiar. La evocación de su lugar de origen y la añoranza por los parientes, la acompañó hasta el fin de sus días, como así también el recuerdo de sus sufridos padres y hermanos. Era conmovedor escucharla. Se comprendía cuán profundos eran los lazos que la ligaban a su pueblo y a su familia. Se sentía argentina por adopción, pero seguía siendo española en lo íntimo de su corazón.



Año 1975. En el centro, la protagonista, Rosalina Santos Miguélez, y sus sobrinas de Huerga, Avelina a la izquierda y Manuela a la derecha.

El ciclo de vida iniciado con la forzada y triste migración colmada de ilusiones, al que siguió la realidad en este país donde cada día era una página en blanco que se escribía con las marcas del sudor y del trabajo, pareció concluir cuando ella hizo realidad los postergados anhelos de regreso y, más tarde, el inicio de su camino eterno.

Sin embargo, supo transmitir con tanta intensidad el amor por su cuna de origen que, mientras haya alguien que recuerde sus huellas y mantenga el vínculo con Huerga, guardo la esperanza de que esos lazos entrañables no desaparezcan.

En lo que a mí me toca, mantengo la comunicación con los parientes españoles y, a través de este texto, he transformado en palabras lo que ella en vida me transmitió y mis propios recuerdos. El relato es un homenaje a su querida memoria y pretende que el humilde camino de inmigrante que transitó, ejemplo de trabajo y esfuerzo, no se pierda en el anónimo transcurrir del tiempo.

Es una crónica mínima. Una más en el contexto de la historia de la emigración.

Sin embargo es grande, inmensa, sin límites, sin fronteras... para mi mente y mi corazón.